

## LOS FANTASMAS NO EXISTEN

Había sido un día largo y cansado, con doble turno y mucho trabajo. Al entrar en casa, supe de inmediato que algo no iba bien. Cintia solía esperarme despierta aunque solo fuera para que le diera un beso de buenas noches. El divorcio le había afectado en cierta forma y desde entonces dormía con la luz encendida. A sus doce años, había tenido que madurar a marchas forzadas. Por eso, el hecho de abrir la puerta y encontrarme la casa a oscuras fue un mal presentimiento.

— ¿Cintia? ¿Cariño?

Avancé por el pasillo dejando tirados mis bártulos en el camino. Llegué a la puerta de su cuarto, que estaba entornada. Entré. La habitación estaba a oscuras. Y deshabitada. A través de la ventana entraba un viento gélido que movía las cortinas proyectando sombras amorfas sobre el suelo. Figuras de aspecto inquietante y fantasmagórico. Hacía un frío glacial en el cuarto. Un escalofrío de pánico recorrió de arriba abajo mi espina dorsal.

— Vamos, nena. Me estás asustando — dije con voz queda.

Noté cómo mi estómago se contraía presa de una descarga de adrenalina que me puso en un estado de alerta preventiva. Un miedo primitivo me impedía encender la luz y tener que enfrentarme a la realidad del momento. Estando a oscuras, podía existir la posibilidad de que la niña estuviera acostada y envuelta en las sábanas, entre sus peluches, plácidamente dormida. Se me hizo un nudo en la garganta. La sensación de mal augurio era tan real como las lágrimas de desesperación que corrían por mis mejillas.

Desde hacía algunas semanas, Cintia se venía comportando de manera extraña. Al fin y al cabo era una niña que se estaba convirtiendo en mujer, y pensé que la adolescencia había entrado en su vida de una manera peculiar. No quise ver más allá de mis ojos y ahora iba a tener que enfrentarme con las consecuencias. Las pesadillas y los terrores nocturnos habían aumentado su frecuencia y su virulencia. La niña se despertaba en mitad de la noche, gritando y sacudiéndose la cabeza como si espantara un enjambre de abejas. Lloraba y suplicaba que la dejaran tranquila. Sus ojos de pánico me miraban sin verme cuando intentaba tranquilizarla. Desorientada me hablaba de extrañas formas oscuras que recorrían las paredes y el techo de su cuarto. Me contaba que a veces la sombra cogía sus viejas muñecas y las apretaba, desfigurándolas y dándole a sus rostros un aspecto aterrador. Aprovechaba mi ausencia para susurrarle obscenidades y hacerle trastadas: tirarle la toalla del toallero mientras se bañaba, encender la campana extractora cuando la casa se quedaba en silencio, apagarle la luz de su cuarto y tirarle objetos mientras se levantaba para volverla a encender. Me contaba esas historias día tras día. Pero jamás la creí. Nunca ocurrió nada extraño ni paranormal mientras yo estaba en casa y lo cierto es que pensé que era una forma de llamar la atención, de que le hicieran caso.

Pero ahora, a oscuras en su cuarto, tenía la certeza de que lo que contaba era real. Ya fuera por el frío antinatural que allí había o por la extraña danza de las cortinas, tenía la sensación de que algo sobrenatural me observaba. Algo malvado, de ojos grandes y oscuros, que pegado a mi nuca olfateaba mi humanidad desde otro plano de existencia.

Tragué saliva y me obligué a darme la vuelta. Contuve la respiración sintiendo cómo la sangre se agolpaba en mi cabeza y los latidos de mi corazón golpeaban dentro de mis oídos. Mis pupilas dilatadas buscaban en la densa oscuridad cualquier signo de vida. Cualquier movimiento. Ya no me atrevía a llamar a Cintia. El miedo se había hecho un lugar en mi alma. Di dos pasos y extendí a tientas la mano en busca del pulsador de luz situado en la pared. Temía encontrarme con un tacto desconocido, algo viscoso y frío que me agarrara la mano, o bien algo violento que me mordiera

con saña y me hiciera daño. Tenía unas ganas inmensas de gritar y salir corriendo de allí. El pensamiento de Cintia me infundió el valor necesario para completar la acción. Con suerte, al encender la luz vería la cara cándida y armónica de mi hija de doce años acurrucada bajo su edredón, despertándose perezosamente, alegre porque su papá estuviera allí para darle las buenas noches.

*Clic.*

Al encenderse la luz, pude observar cómo la lámpara *melodi* se balanceaba del techo en un movimiento pendular demasiado amplio como para haber sido producido por el viento que entraba a través de la ventana. El movimiento me recordó al de un cuerpo inerte que se balancea durante los primeros segundos tras el ahorcamiento. A un lado y a otro. A un lado y a otro. Esto hacía que la luz se moviera proyectando sombras aquí y allá, creando formas grotescas que aparecían y desaparecían en todos los rincones de la habitación, llevando mi mente a un estado de ansiedad y congoja que lindaba con la locura. Un vistazo a mi alrededor confirmó mis más oscuros presagios: Cintia no estaba en su cama. En esa habitación solo estaba yo. Yo y esa presencia de ojos grandes y oscuros que no paraba de mirarme. Burlón, satírico y socarrón. Malvado, vil y malicioso.

Bajo la ventana abierta estaba el escritorio donde Cintia estudiaba. Sobre él, un bloc de notas agitaba sus páginas en una danza macabra orquestada por el viento. En dos zancadas me planté delante de la ventana para cerrarla por fin. El viento ululó en tonos cada vez más agudos a medida que el cierre se hacía efectivo, como quejándose por quedar fuera. La luz seguía moviéndose en el techo, como si la lámpara siguiera estando azotada por la más terrible de las borrascas.

Absurdamente, procedí a ordenar algunas cosas caídas en el escritorio. Fue entonces cuando fui consciente del desorden que había en la habitación de mi hija: lápices tirados por el suelo, muñecas y peluches colocados de forma indecente sobre las estanterías, simulando sodomías y felaciones monstruosas, cajones abiertos y piezas de ropa colgadas de pomos y tiradores. La piel se me puso de gallina. Parecía el escenario de una lucha. Una pelea sin armas convencionales. Una riña doméstica donde parientes se lanzan los trastos a la cabeza. En el escritorio había un par de tijeras infantiles. Abiertas. Las observé con detenimiento en busca de algún signo de violencia. Sangre. Piel. Algo que me diera alguna pista acerca de lo que le había ocurrido a Cintia. Nada. Fue entonces, desanimado y de nuevo al borde del colapso nervioso, cuando descubrí una nota manuscrita en una de las hojas cuadriculadas del cuaderno. La letra era de mi hija. Decía así:

*“Ya no puedo más. Desde que Sonia trajo a casa ese estúpido juego para la última fiesta de pijamas, todo ha cambiado. “Será divertido” — dijo — “los fantasmas no existen”. He intentado explicártelo decenas de veces. Entiendo que no me creyeras y no te culpo por ello. Él ha venido y no piensa irse. Me habla en sueños, me tira del pelo y se mueve por las paredes entre sombras. Ya no puedo más. Solo se me ocurre una salida para esto. No puedo dormir; vivo sola y aterrorizada entre estas paredes. Con un poco de valor, seré libre. Te quiero, papá.”*

Al acabar la lectura, mis ojos se humedecieron emborronando la realidad terrible en la que estaba envuelto. Todo tomó sentido de repente. Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de mi ser. Había dejado a Cintia sola. No la había escuchado cuando más me necesitaba. No la creí cuando más necesitaba que alguien la creyera. El llanto ahogado aumentaba la presión en mi cabeza, que amenazaba con explotar como si fuera una débil e indefensa pompa de jabón. ¿A qué juego se refería Cintia? La pregunta se introdujo en mi cabeza cortándome el llanto. Tragué saliva de forma audible y contuve la respiración. Sentí más cerca que nunca esos ojos grandes y oscuros pegados a mi nuca, erizando el vello de mi espalda. *Los fantasmas no existen*— me dije. Pero había cosas mucho más horribles que los fantasmas. Espíritus, demonios, espectros, apariciones, posesiones, duendes, hadas y ánimas. Hordas de energía oscura que horadaban los límites de nuestro plano de existencia, tratando de entrar en nuestra realidad a través de los resquicios de la cordura y el

raciocinio. Sin más, tuve la seguridad absoluta de que algo vil me acompañaba en este momento de agonía vital. Dejé la libreta sobre el escritorio y me vi reflejado en el cristal de la ventana. Viejo, triste y asustado. *“Con un poco de valor, seré libre. Te quiero, papá.”*

Mi mano temblaba mientras la extendía hacia la ventana. Descorrí el cierre y abrí el portillo. La ventisca volvió a entrar en la habitación con violencia, agitando de nuevo las cortinas. Coloqué las manos en el dintel y me dispuse a asomarme. El viento agitaba con furia mi pelo y me arrancaba las lágrimas de mis mejillas. Lo que vi, cinco pisos más abajo, me desquiciaría para siempre. Un amasijo de carne y huesos en una postura inverosímil. Un bulto de pulpa envuelto en un pijama que me era familiar. Rojo y violento. Inerte e inmóvil. Cintia.

Sentí cómo me subía una arcada desde lo más profundo de mis entrañas. Noté cómo los muros de mi juicio se resquebrajaban. Apreté las mandíbulas en un gesto de rabia contenida. Agarré el borde de la ventana pensando en si debía armarme de valor y saltar al vacío. El dolor rompió mi alma en mil pedazos, como si fuera un espejo que se cae de un lugar demasiado alto. Poco a poco, la más absoluta de las tristezas y desdichas se apoderaron de mí. Y lloré. Lloré. Lloré durante siglos. Sin consuelo posible. Sin luz en el camino. Sin esperanza.

¿Qué era aquel ruido? ¿De dónde provenía? ¿Quién se atrevía a robarme mi preciado luto?

Entre hipidos volví a la realidad.

*Tssssssssssss.*

Tragué saliva.

*Tssssssssssss.*

Mi mente buscaba explicación al ruido.

*Tssssssssssss.*

Venía de debajo de la cama de Cintia.

*Tssssssssssss. Tssssssssssss. Tssssssssssss.*

Anduve a gatas hasta la cama de mi hija ya muerta. En un estado de ausencia traumática miré allí abajo. *Tssssssssssss.* No veía nada. Extendí la mano. Nada. *Tssssssssssss.* Un poco más adentro. Me tumbé en el suelo, boca abajo, extendiendo todo lo posible mi mano hacia las entrañas de la cama, hacia lo desconocido. El tacto frío del suelo fue sustituido al fin. Parecía un objeto plano, de madera, de unos treinta centímetros de lado, cuadrado. Lo saqué a rastras de debajo de la cama.

*“Desde que Sonia trajo a casa ese estúpido juego...”*

Mis suposiciones se hicieron realidad. Ante mí tenía una tabla *ouija*, un tablero parlante, un instrumento de comunicación con las almas en pena que aún no han encontrado su descanso eterno. Allí estaban el alfabeto completo, los números del cero al nueve, las palabras “sí” y “no”, “hola” y “adiós”, un signo de interrogación y los símbolos matemáticos de la suma y la resta. En mitad del tablero, una moneda.

*Tssssssssssss.*

La moneda se movió sola hacia la letra *p*.

*Tsssssssssss. Tsssssssssss. Tsssssssssss.*

Poco a poco, lentamente, se formó la palabra *papá*. Quise enloquecer. Con un temor irracional me incorporé, presto y dispuesto a salir de allí, a dejar atrás esta locura, a llamar a emergencias y enterrar el cuerpo de Cintia. Justo en el momento en el que me disponía a abandonar la habitación, la puerta se cerró con estrépito, la ventana se plegó sobre su hoja cerrándose con violencia y la luz se apagó, dejándome absolutamente a oscuras.

*Tsssssssssss.*

*Tsssssssssss.*

Sabía que aquellos ojos grandes y oscuros se encontraban ahora justo delante de los míos. Frente a frente. En mitad de las tinieblas.

...

— Hoy he traído un juego especial. Te va a encantar —dijo Sonia con esa voz pizpireta tan característica de ella.

Cintia y Sonia se conocían desde la escuela primaria. Habían estado desde entonces en la misma clase y habían sido *mejores amigas* desde la más tierna infancia. En cierto sentido, las dos preadolescentes llevaban vidas paralelas: buenas estudiantes, de padres divorciados y mismos gustos en general. Era frecuente que una se quedara a dormir en casa de la otra y viceversa. Durante esas noches compartidas, se pasaban horas encerradas hablando de chicos, criticando a las profesoras más repipis y actualizando sus perfiles en las redes sociales. Aquella noche de sábado, el padre de Cintia tenía una cena de trabajo y Sonia accedió encantada a pasar la noche con ella. La niña sabía que su padre detestaba tener que dejarla sola cuando le tocaba pasar el fin de semana con ella. Era un signo claro de lo que les gustaba estar juntos. Cintia no se enfadaba. Siempre fue una niña más madura que el resto de personas de su edad. Tal vez por eso, cuando vio aparecer aquel objeto, supo de inmediato que el juego no le iba a gustar. Sabía perfectamente lo que era. Todo el mundo en el colegio andaba con la tontería esa de hablar con los espíritus. Sus *estúpidos compañeros* se reunían en lugares apartados durante el recreo e improvisaban tableros *ouija* dibujados en cartulinas. Con una moneda se dedicaban a simular que entraban en comunicación con un espíritu malvado que deambulaba por los pasillos del centro. Asustaban a los niños menores. A Cintia no le hacía nada de gracia.

— ¿Qué pasa? — dijo Sonia cuando vio la cara de desagrado de su amiga —. No tendrás miedo, ¿no?

— No, claro que no. Pero no me gusta jugar con esas cosas. Me da grima. Además, ¿de dónde has sacado eso? Parece muy viejo...

Sonia terminó de sacar el tablero parlante de la mochila. Era de madera. Bastante bonito. En las cuatro esquinas del objeto habían unos dibujos muy atractivos: un sol, una luna, y en las esquinas inferiores la representación de una mujer de pelo largo jugando a la *ouija* con una cabeza flotante justo a su espalda. Los caracteres alfa numéricos estaban grabados en un tono más oscuro.

— Era de mi abuela. Lo encontré en el desván de su casa el fin de semana pasado. Total, desde que falleció nadie se ha interesado por sus cosas. Así que lo saqué a hurtadillas de la casa — la joven

hizo una pausa —. ¡Estaba deseando mostrártelo! Cintia y Sonia habían compartido gustos desde que tenían cinco años. Siempre. Excepto ahora.

— No sé, Sonia. No termina de convencerme la idea.

Ambas jóvenes se encontraban en el cuarto de Cintia, sentadas en el suelo. Sonia se metió la mano en el bolsillo del pantalón vaquero. Tras unos segundos de forcejeo consigo misma, sacó por fin una moneda. La plantó sonoramente en el centro del tablero.

— ¡Vamos! Será divertido. Además, los fantasmas no existen.

Una amplia sonrisa apareció en la cara angelical de Sonia. Con su tez blanca y sus ojos azules, cada vez que sonreía ablandaba el corazón de Cintia, que se sabía más vulgar que su amiga en lo que a aspecto físico se refería. Sonia puso el dedo índice de la mano derecha sobre la moneda.

— ¡Vamos! Tú sígueme a mí que yo sé cómo va.

Tras unos segundos de indecisión, Cintia colocó el dedo índice de su mano derecha sobre la moneda, que permanecía inmóvil y fría en el centro del tablero.

— ¿Hay alguien ahí? — dijo Sonia con voz solemne y en un tono más grave que el suyo propio. La niña aguantaba la risa esperando que ocurriera algo inesperado.

Nada.

Las chicas se miraron. Una divertida, la otra con la congoja reflejada en sus ojos.

— Los fantasmas están de fiesta esta noche. ¡No me extraña! Es sábado — dijo Sonia en tono divertido.

A punto estuvo Cintia de emitir un suspiro de alivio al ver que aquella estupidez no funcionada. Pero Sonia parecía que no iba a darse por vencida.

— ¿Hay alguien ahí? — volvió a preguntar la niña de ojos azules.

Pasaron dos o tres segundos sin que nada ocurriera cuando de repente, y para sorpresa de las dos, la moneda se movió con determinación hacia la palabra “Sí”.

*Tsssssssssss.*

Las niñas se miraron asombradas la una a la otra. La conexión mental que tenían entre ambas les hacía darse cuenta de que ninguna estaba jugando con la otra, que la moneda se había movido de verdad y que ahora jugaban a un juego del que desconocían sus más íntimas normas. Por un momento estuvieron tentadas de levantar el dedo, pero una curiosidad malsana les impidió hacerlo. Los ojos de Sonia emitieron un brillo, una señal: “*Tú sígueme a mí que yo sé cómo va*”.

— ¿Cómo te llamas?

De nuevo pasaron uno, dos, tres segundos. Hasta que otra vez la moneda comenzó a moverse de letra en letra.

*Tssssssssssss. Tssssssssssss. Tssssssssssss. Tssssssssssss.*  
*Tssssssssssss.*

— ¿Mormo? — preguntó Sonia, más que afirmó —. Un extraño nombre.

— ¿Eres un fantasma? — continuó.

*Tssssssssssss* — No.

La respuesta extrañó a las niñas, que tragarón saliva sintiendo una ansiedad creciente en lo más profundo de sus corazones.

— ¿Eres un espíritu?

*Tssssssssssss* — No.

Cintia y Sonia se miraron, buscando respuestas una en la mirada de la otra. En ese momento fue Cintia la que habló.

— ¿Qué eres entonces?

A medida que la moneda se iba moviendo de letra en letra, las chicas notaban cómo se quedaban sin aliento, se les erizaba el pelo de la cabeza y sus esfínteres se relajaban.

— *D — E — M — O — N — I — O.*

Los segundos cayeron unos tras otros. Ninguna de las dos se atrevía a mirar a la otra, pero ambas sabían lo que tenían que hacer. *A la de tres* — pensaron al unísono. *A la de tres soltamos la maldita moneda... Uno, dos y...*

Fue la moneda la que las soltó a ellas, saliendo disparada contra la pared, dejando un hueco en el yeso y cayendo al suelo sin rebotar. Por un momento, la luz del cuarto pareció parpadear, amenazando con dejar la habitación a oscuras. Cintia y Sonia emitieron un grito agudo e histérico. Ninguna de las dos se atrevía a tocar ni la moneda ni el tablero. Pasados unos segundos, viendo que nada paranormal parecía ocurrir, la calma llegó poco a poco al alma de las niñas. Cintia fue la primera en incorporarse, y armándose de valor propinó una patada a la tabla *ouija* primero y a la moneda después, mandando ambos objetos debajo de la cama.

Salieron de la habitación apagando la luz tras ellas.

Decidieron esperar al padre de Cintia viendo la televisión. En silencio. Intentando distraerse sin conseguirlo. Hasta que el adulto no llegó a casa, nada pareció volver a la realidad.

Mientras tanto, la lámpara *melodi* del cuarto de Cintia oscilaba de un lado a otro sin descanso, como el péndulo de un reloj mortal que daría sus campanadas cuando Cintia menos lo esperaba.

...

Sin duda, éste era uno de mis momentos preferidos. Ese instante preciso en el que el mortal asumía que su lamentable y fútil vida estaba en mis manos. Ahí estaba él: hecho un ovillo, arrinconado en una esquina, llorando de terror y apestando a orines. Me acerco a su cara. Estoy apenas a un palmo

de su patético rostro. Él, por supuesto, no me ve, pero sabe que estoy ahí. Siente mis grandes y oscuros ojos traspasándole su alma caduca.

*Yo soy Mormo.*

Aquel que castiga a los niños malos. El que mortifica a los infantes. El señor de los *gules*.

Los adultos no suelen sufrir el azote de mi ruindad. Salvo en contadas excepciones. Como ésta. Un padre destrozado por la reciente muerte de su hija, en un estado emocional que me permite su manipulación mental. Un botín que ofreceré orgulloso al *Señor de las Moscas*.

*¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste dejarla a solas con algo tan malvado como yo? Tú y tu egoísmo. Tus prioridades fallidas. Era tan fácil como haberla escuchado cuando te demandó atención. Pero no la creíste. Porque los adultos no creen en fantasmas ni en demonios. Porque te crees a salvo bajo el manto de seguridad de tu cordura. Pero, ¿qué ocurre cuando cojo ese manto y lo lanzo lejos? Ocurre que acabas encerrado en una habitación, a oscuras. Defecándote encima como un animal vulgar. Y tu hija aplastada contra el suelo. Eres un mal padre. El peor padre. Tu hija ya no está por tu culpa.*

Me relamo al ver la reacción. Tan previsible. Tan patética. Tan penosa. Me sonrío en la oscuridad observando cómo el mortal se tapa sus oídos intentando silenciar en vano mi voz, que martillea su cabeza.

Culpabilidad: ese sentimiento tan poderoso.

*No mereces vivir. No vale la pena vivir. Sabes que no volverás a ser el mismo. La vida se acabó hoy para ti.*

A través de mis palabras inculco en su alma el veneno mortal. La ponzoña arraiga sin dificultad en su pensamiento. Anida y echa raíces. Unas raíces oscuras que se alimentan de la energía vital del desdichado y atribulado ser. Un poco más y su alma será mía.

*Por una vez, haz algo por Cintia. Ten redaños y ve con ella.*

Noto en mi interior cómo la determinación llega al espíritu del humano. Enciendo la luz del cuarto donde está. Entre sollozos se incorpora, mirando alrededor en busca de la mejor forma de llevar a cabo la obra final. Siente la presión de su corbata al cuello. Al fin y al cabo, hace solo un rato que llegó de su trabajo y aún lleva su indumentaria habitual. Toma el escritorio y lo rueda, colocándolo bajo la lámpara. Sube al mueble y con lágrimas en los ojos, en un llanto contenido, destapa el embellecedor plástico que pega al techo, dejando al descubierto los cables de la luz y una alcayata de la que cuelga el quinqué. Allí de pie, se desanuda la corbata. Con ella en la mano hace un nudo corredizo en un extremo y ata el otro extremo con fuerza a la sujeción del techo. Pasa el nudo corredizo a través de su cabeza y se lo ajusta al cuello. El tiempo se detiene siempre en ese preciso instante. Me preparo para recibir el derroche de energía que supone la liberación de un alma humana. Noto la duda final. Ese pensamiento recurrente de arrepentimiento. Me acerco a él y le susurro al oído la palabra definitiva.

*Hazlo.*

El padre de Cintia empuja con fuerza el escritorio cayendo violentamente en el espacio. El nudo se ajusta al cuello y tira con violencia cuando la corbata se tensa. De forma casi inmediata, su cabeza toma un color carmesí, al quedar estrangulado el retorno de sangre desde el cerebro. El hombre

emite unos sonidos agónicos propios de la estrangulación. Saca la lengua de forma grotesca y sus globos oculares protruyen inyectados en sangre, deformando su rostro en un gesto funesto, fúnebre y macabro. Agita de manera espasmódica pies y manos, primero de forma violenta y luego de forma intermitente y sin fuerzas, mientras la vida se le escapa a través de una boca que emite un grito ahogado. El cuerpo se balancea colgando del techo, como el péndulo de un reloj mortal que había dado ya sus últimas campanadas.

Contemplé la obra. Apagué la luz de la habitación y volví a la sombra.

*Yo soy Mormo.*

Aquel que castiga a los niños malos. El que mortifica a los infantes. El señor de los *gules*.